

Waldo Vila Silva

Leonardo de Vinci Investigador y Artista (1)

Si tuviéramos la facultad milagrosa, que los antiguos egipcios atribuían a ciertos seres privilegiados, llamados por ellos «psicómetras», poseedores de la facultad sobrenatural, o suprasensible, de poder referir todo lo concerniente a un objeto cualquiera, sólo poniéndose en contacto con él. En este estado mediunímico podían describir todo lo relacionado con ese objeto y si éste pertenecía a una época anterior y remota, se colocaban en el ambiente y en la historia pasada, como si tuviesen ante sus ojos la perspectiva viva de aquel otro tiempo.

Hoy, mis jóvenes amigos, estudiantes de la Escuela Dental, que con benevolencia me escucháis, quisiera suponer en todos vosotros la rara cualidad de que acabo de hablar, de esos psicómetras antiguos, para que en virtud de ella dejásemos por algunos instantes, de existir en esta ciudad chata y sin historia, donde, según D'Halmar, hay una mayoría de insanos, que estaría tan lejos de la cordura, como de la locura genial de los hombres superiores. Aquí es prohibido ser loco de algo, sólo pueden ser comprendidos los habitantes insanos.

Si me guardáis el secreto, quiero invitaros a ser locos de remate, por algunos minutos, violando las leyes del país. Así, y en virtud de esa locura podremos vencer el espíritu de pesa-

(1) Conferencia dada en la Escuela Dental.

dez de los seres sensatos, y viviremos en la atmósfera intelectual de la Florencia cuatrocentista.

Todos Uds. guardan de seguro en la memoria la figura venerada de algún santo, héroe, sabio o artista, que es para cada uno el arquetipo de la perfección deseada.

Ahora también sabréis mi secreto, y lo que yo he amado y admirado, por sobre todas las cosas, con una admiración profunda y ardiente. Con una admiración de tal naturaleza que si tuviese la prueba evidente de que toda la humanidad ha sido y será malvada, estúpida y vulgar, yo podría sonreír silencioso, porque hubo un hombre que la redimió para siempre del pecado contra la inteligencia. Leonardo de Vinci.

Es como un Jesús hermético, cuya filosofía no es sencilla de comprender, ni su religión fácil de seguir. Quiso implantar como un reinado sobre la tierra, solamente la belleza.

Seguramente queréis saber cómo era este hombre, cuya existencia nos domina, a quien nadie ha podido superar, ni tan siquiera igualar.

Oigamos a Giovanni Baltraffio, el más joven de sus discípulos, en su diario íntimo, cómo refiere la primera vez que lo vió.

«Entraban a Florencia, Leonardo a caballo iba al paso. Caminaba a su lado.

Sólo entre las raíces negras de los olivos, se destacaba la yerba verde, sembrada de iris azules, inmóviles sobre sus tallos.

El silencio era profundo, como no lo es más que al principio de la primavera.

¿Verdaderamente es El? pensaba observándolo y encontrándolo interesante hasta en sus menores detalles.

Tendría seguramente cuarenta años bien cumplidos. Cuando se callaba y pensaba, sus ojos pequeños y agudos, de un azul pálido, bajo cejas rojizas, parecían fríos y penetrantes. Pero ya en la conversación, tomaban una expresión de infinita bondad.

La barba rubia y larga, los cabellos igualmente rubios, abundantes y ondeados, le daban un aire de majestad.

La fisonomía tenía una fineza casi femenina, y la voz, en contraste con la estatura y la corpulencia, era extrañamente alta y agradable. Las gentes más empecinadas y malvadas, no pueden resistir a su palabra persuasiva, si El desea inclinarlas hacia la afirmativa o a la negativa.

Cuando a menudo lo miro sentado en su mesa de trabajo,

sumido en sus meditaciones, acaricia con un movimiento habitual de sus dedos finos su larga barba dorada, dulce y ondulada como el cabello de una mujer. Cuando habla con alguien, guiña por costumbre un ojo con una expresión maligna y burlona, que se torna buena cuando fija a su interlocutor. Entonces parece que su mirada bajo sus cejas, penetra hasta el fondo del alma.

Se viste simplemente, no puede sufrir los colores vivos, ni la frivolidad de la moda. No ama ningún perfume. Pero su ropa es fina y siempre blanca como la nieve. Usa un birrete de terciopelo negro, sin plumas, ni medallas. Por encima de su brial negro, se echa un manto rojo, de antiguo corte florentino (Pitocco rossato). Sus movimientos son livianos y tranquilos. A pesar de sus vestidos simples, siempre y en donde se encuentra, ya sea entre los señores o entre el pueblo, tiene un aire tal, que no puede pasar desapercibido. El no se parece a ningún otro.»

Más adelante podemos encontrar algo más, en el diario del discípulo que nos interesa, para poder conocer al gran Leonardo. Dice:

«Puede hacerlo todo y parece saberlo todo. Es excelente nadador, buen tirador de arco y ballesta, consumado jinete, maestro de esgrima. Una vez lo vi concursar con los hombres más fuertes del pueblo. El juego (deporte diríamos hoy), consistía en esto: en lanzar una moneda dentro de una iglesia de modo que tocara en el centro mismo de la cúpula: Leonardo ha vencido a todos, tanto por su destreza como por su fuerza. Es zurdo. Pero con esta mano izquierda fina y delicada de aspecto, dobla el badajo de una campana, tuerce una herradura, y con esta misma mano dibuja el rostro de una bella muchacha, con toques de sombra transparentes y ligeros como el temblor de las alas de una mariposa. Su escritura la hace de derecha a izquierda con esta misma mano zurda, de modo que resulta incomprensible para otro que no sea El». (Hasta aquí el diario del discípulo).

Sus estudios de matemáticas, principalmente geometría. Sus innumerables notas de clase, sobre su famoso tratado sobre observaciones de diferentes leyes de la naturaleza, que después fueron recopilados en dos libros. Uno, tratado de la pintura, y el otro, tratado del paisaje. Todos estos documentos están escritos con esa escritura original de derecha a izquierda. Tal vez esta originalidad de Leonardo, sumada a su afición por las

ciencias naturales, le valió en su tiempo el nombre de «Leonardo el Brujo».

Su estado mental era el de un hombre avanzado de nuestro tiempo. Sólo habría necesitado conocer la química moderna, para formar entre los hombres de ciencia de hoy. Eso sí, con un gigantesco caudal de conocimientos en otros aspectos, que nosotros no conocemos, y apenas sospechamos su calidad.

Tal es la envoltura magnífica que guardó el cerebro más poderoso, como no ha existido otro, ni existirá jamás.

Quiere abarcarlo todo, precursor de maravillas, comprende que un día los hombres volarán, y estudia el vuelo de los pájaros, el valor que como plano significan las alas, y la cola el verdadero timón de profundidad. Sólo le falta el motor. Estaba demasiado adelantado a su tiempo. Cuando los hombres aun dormían, El estaba despierto y en marcha hacia el futuro.

Sin embargo, se da cuenta de lo que falta, con absoluta certeza, y anota al encabezar su tratado de mecánica.

«Oh qué maravillosa es tu justicia. Primer motor, tú no has querido privar a ninguna fuerza de su calidad indispensable. Oh divina necesidad».

Vive bajo el protectorado del duque de Sforza, Ludovico el Moro, fino, cruel y traidor, sólo tiene a su favor la amistad leal que profesó a Leonardo, considerándolo como su mayor tesoro.

Fué vidente del porvenir; al despedirse por última vez de su amigo, antes del destierro: «Que las gentes digan lo que quieran, pero en los siglos futuros, quien nombre a Leonardo de Vinci pensará un poco en Ludovico el Moro».

Allí transcurrió lo mejor de los años del artista. Construyó palacios, canalizó, levantó fortalezas. El mismo resume sus conocimientos con cierta altanería humilde, cuando el Papa le pidió trabajar para él. Leonardo le escribe:

Entre otras cosas soy ingeniero, puedo construir fortalezas, sé de balística, conozco la anatomía y puedo pintar como el mejor artista de mi tiempo.

Creo que a Uds., estudiantes de una Escuela médica, les producirá curiosidad ese conocimiento de la anatomía que Leonardo dice poseer. Leamos sus propias palabras, dirigidas a sus discípulos en sus estudios de anatomía.

«Tú, que juzgas preferible ver ejecutar los trabajos de anatomía a ver los dibujos (se refiere a sus propios dibujos anatómicos), dirías verdad, si te fuera posible ver, en realidad, todo

lo que esos dibujos te muestran, en una sola figura; en efecto, con todo tu genio, no verás nada, ni conocerás nada, más que algunas venas, en tanto que yo, para tener verdadero y pleno conocimiento, yo he disecado más de diez cuerpos humanos, separando todos sus miembros, separando los tejidos, la carne, que se encontraba entre las venas, sin verter la sangre, sino aquella imperceptible que se encuentra en las venas capilares. Un solo cuerpo no dura el tiempo necesario; es necesario proceder poco a poco, sobre muchos cuerpos, para llegar al entero conocimiento y a menudo volver a comenzar, para encontrar las diferencias.

Y si tú tienes amor por esto, te lo impedirá tu estómago; y si no te lo impide, tendrás miedo de pasar las horas nocturnas en compañía de muertos trabajados anatómicamente y abiertos (aúptopsiados), que son espantosos de ver; si tú soportas todavía eso, te faltará el buen dibujo necesario para una tal figura como ésta.»

No sería éste el momento de hacer un estudio de sus obras. Bástenos recordar entre otras «La Cena». Pintada en el refectorio de Santa María delle Grazie. Hoy casi perdidos sus colores, por la humedad y el salitre del muro. Este muro con su maravilloso fresco, fué el que el gran corso Napoleón quiso llevarse a Francia, digno homenaje de admiración de aquel plasmador de reinos, hacia el que era plasmador de lo bello.

Parece que no sólo el tiempo, sino los hombres y los elementos tuvieron envidia de este genio singular. Otra de sus grandes obras, la estatua ecuestre de Francesco Sforza, fué destruída por los soldados franceses en la invasión de Italia, por Luis XII. Los soldados ebrios tomaron como blanco de sus flechas la estatua monumental, que estaba modelada en greda, esperando el vaciado de muchas toneladas de bronce. Bajo las flechas, balas y ballestas, la greda fué desprendiéndose, en grandes lonjas, dejando al descubierto la armadura central del coloso, como una gran osamenta. Así Leonardo vió destruída ante sus propios ojos, la obra a la que había consagrado los seis mejores años de su vida. Tal vez con ella se perdió uno de los más grandes monumentos de la estatuaria, después del Praxiteles y de Fidias.

Cuando la destrucción tocaba a su fin, el acero de una espada brilló para castigar a los bárbaros. Leonardo con su mano izquierda, cogió la derecha del comandante en jefe de los ejércitos del Rey de Francia, el viejo mariscal Jean-Jacques Tri-

bulce, con fuerza tal, que el guantelete, «la bracciola» se torció. Tratando en vano de zafarse el mariscal del apretón de esa mano hercúlea miró con asombro a Leonardo.

—¿Quién eres tú?, le preguntó el mariscal.

—Leonardo de Vinci, le respondió tranquilamente el artista.

—Entonces eres tú Leonardo; y mirando los ojos tranquilos y dulces del artista: suelta mi mano, agregó, has torcido mi guantelete, qué fuerza. Tú eres temerario, amigo mío.

—Monseñor, contestó Leonardo respetuosamente, no os enojéis, perdonadlos; si los ahorcáis a todos, no por eso yo recuperaré mi coloso. No saben lo que hacen.

Sus palabras en esta ocasión recuerdan las de Jesús de Nazaret. Por eso digo que Leonardo fué un Cristo hermético de una era de belleza.

El viejo y glorioso mariscal mascuyó entre sus fieros bigotes:

—¡Qué lástima, yo habría dado cien de mis mejores soldados por tu coloso!

Ahora quiero subrayar como un dato curioso. Todas las estatuas de nuestros paseos públicos, casi sin excepción, son irremediablemente feas. Sólo es bella, por su dinamismo, por su atrevimiento y por la gracia leonardesca del caballo, la estatua ecuestre de O'Higgins, encargada a un escultor de Francia, que tuvo el buen gusto de plagiar uno de los bocetos de Leonardo para su proyecto de estatua ecuestre. Aunque por tercera mano, aun sentimos en nuestra capital un soplo del genio de Leonardo.

Después de la invasión francesa, vino la ruina de Ludovico el Moro. Leonardo fué protegido de César Borgia.

Existe el más célebre cuadro de Leonardo, que es a la vez uno de los más célebres del mundo, tanto por su valor como pintura, como por su historia romántica y bella. Historia que es la causa de que este retrato se encuentre hoy día en el Louvre y no en Italia. «La Gioconda».

Cuando el día era plateado, con nubes, y el sol pasaba tamizando la luz a través de esas nubes, fundiendo la sombra en tonos finos, dando un aspecto especial a los rostros de las mujeres. Luz favorita de Leonardo, quien aseguraba, que en esa claridad las mujeres eran más bellas.

Cuando el día se presentaba así, el maestro preparaba el

taller para recibir a Monna Lisa, mostrando una extraña ansiedad, rara en él, siempre calmado y silencioso.

«Leonardo arreglaba sus pinceles, limpiaba la paleta; levantaba la cubierta que protegía el retrato, abría la salida de agua, de una fuente mecánica inventada por él. Un surtidor se elevaba en el aire como un gancho sutil de cristal y la voz del agua cantaba misteriosas canciones en tono menor, para distraerla; alrededor de la fuente estaban sus flores favoritas, iris azules como los que también amaba Leonardo, que cuidaba por sí mismo. Preparaba también pequeños trozos de pan blanco, para la gacela, que se paseaba en libertad esperando la mano fina y dulce de Monna Lisa, que la alimentaba y la acariciaba.

Sobre un tapiz de Esmirna, se extendía ronroneando un gato también del Asia, blanco y raro, con los ojos diferentes, el derecho amarillo como un topacio, el izquierdo azul como un zafiro. Además, los amigos célebres del artista, músicos, poetas y cantores, los días de sesión venían a deleitar a la Gioconda, y hacer más livianas las horas de pose».

Así Monna Lisa, en ese ambiente encantado, sonreía, sonreía con su sonrisa, inefable.

«Su risa es la sonrisa suave de Monna Lisa.

Sus labios, son los únicos labios para besar». (Rubén Darío).

Durante cuatro años Leonardo esperó en su taller a la Gioconda, a Monna Lisa del Giocondo; durante cuatro años, renacía nuevamente el encanto para que ella pudiese sonreír. El artista estudiaba sobre su fisonomía, los reflejos de los pensamientos y los cambios de expresión, que la conversación, los versos, y la música provocaban sobre él. Al mismo tiempo, que la luz y las sombras jugaban sobre ella y acusaban la forma del volumen y el carácter, que el pintor quería fijar.

Así Leonardo pintó la Gioconda; así Leonardo amó a la Gioconda, como jamás hombre alguno amó a una mujer.

Sin embargo, nunca se cruzó entre ellos una palabra de amor. Este amor que acompañó al artista hasta su muerte, envenenando con su perfume, su viejo corazón.

Un día Monna Lisa, después de breves instantes de silencio, preguntó al pintor si no concluiría su retrato. Un viaje con su marido la obligaba a alejarse de Florencia.

Leonardo angustiado respondió:

«Yo desearía terminarlo, pero, agregó tristemente, me parece a veces que lo que deseo no es posible».

Como creador jamás estuvo satisfecho, y hasta el último

día de su vida trabajó, soñó y esperó en la perfección, en el equilibrio perfecto, que es para el artista, la belleza lograda. Sus propias palabras son lo más elocuente en el tratado de la pintura que anteriormente mencioné:

«Aquél que desprecia la pintura, desprecia la filosofía, y la contemplación refinada de la naturaleza, porque la pintura es hija legítima, o más bien hija pequeña de la naturaleza. Todo lo que existe ha nacido de la naturaleza que a su vez ha dado nacimiento a la pintura. Es por eso que yo digo que la pintura es hija pequeña de la naturaleza y pariente de Dios. Aquél que desprecia la pintura, desprecia la naturaleza».

La modelo y el artista se despidieron como siempre, pero nunca más Leonardo volvió a ver en este mundo a Monna Lisa. Ella murió en su corto viaje, de una enfermedad infecciosa, en un pequeño pueblo de Calabria.

El pintor jamás se separó de este retrato.

Sus últimos años los vivió en Francia, en el castillo de Amboise, bajo la protección de Francisco I.

Leonardo tiene ya sesenta y cinco años, y todavía el ardor del trabajo y el arte amado lo llaman por todos los caminos. Emprende varias obras de construcción, que luego abandona presa de un tedio invencible. A pesar de todo, terminó dando las últimas pinceladas a sus grandes telas, «San Jerónimo» y su «Juan Bautista».

Un día Francisco I vió el retrato de la Gioconda en el taller del artista florentino. Deseó poseerlo, y le fué ofreciendo sumas crecientes, sumas tales, que ningún hombre sensato, de ningún tiempo habría sabido rehusar.

Leonardo guardó silencio, porque la emoción de perder por segunda vez a la Gioconda le enmudecía.

El Rey creyó que había aceptado, y partió con su séquito.

Era noche de fiesta en el castillo real. El Rey estaba alegre y reidor, cuando le anunciaron la visita de Leonardo. Ordenó recibirlo con todo respeto, y avanzó él mismo con su hermana Margarita a su encuentro.

A las preguntas del monarca, dijo que deseaba solicitar una gran merced.

El Rey ofreció concederle todo lo que le pidiera.

«Señor, dijo con esfuerzo Leonardo, sed misericordioso, no me llevéis ese retrato. Es vuestro, yo no quiero vuestro dinero. Pero dejádmelo hasta mi muerte».

La princesa apoyando una mano en el hombro del Rey,

dijo a su oído: «Hermano, sed buenò con él, no comprendéis que la ama todavía.»

Francisco I, cumplió su real palabra. A la muerte de Leonardo, la Gioconda pasó al poder de Francia.

Es por esto que aun en nuestros días, la Gioconda sonríe, sonríe con su sonrisa hecha de misterio, en la penumbra del Louvre.